



UN DICTADOR MENOS EN AMERICA LATINA

En un comentario sobre el asesinato de A. Somoza D. lo primero que se afirma es que murió como vivió. Infaliblemente todos los reportajes recuerdan que murió víctima de la misma violencia que había desatado. Y así fue, murió violentamente tal como él y sus antecesores mantuvieron a los nicaragüenses durante años. Sin embargo, en este comentario no se pueden escapar otras coincidencias. La muerte lo sorprendió en camino a un banco para negociar un crédito para una plantación de algodón recién adquirida, por una ambición nunca colmada. Murió ambicionando atesorar más riquezas, las cuales han quedado a disposición de dos viudas y varios hijos también ambiciosos. Se fue solo con su ambición y sus manos manchadas de sangre a enfrentar la gran pregunta que se levanta al final de toda existencia: ¿Qué has hecho de tu hermano?

Su sangre y la de sus acompañantes manchó el impecable blanco de su hermoso Mercedes Benz, su auto favorito. La firma Mercedes Benz era una de tantas firmas con que contaba la dinastía para premiar a sus más dóciles colaboradores. Los somocistas circulaban en los últimos modelos de la Mercedes Benz. Eran unos autos preciosos, pero manchados con la sangre de miles de hermanos nicaragüenses asesinados.

El escándalo público tampoco podía faltar. El dictador ha dejado dos viudas oficiales. Hope Portocarrero fungía como esposa legítima, pero él la llamaba su primera dama extranjera porque nunca ha tenido la ciudadanía nicaragüense; siempre ha sido ciudadana norteamericana. Los periódicos y las revistas han recogido la foto de

Dinorah Sampson, la amante oficial y su primera dama nacional, como él la llamaba cariñosamente. Tanto la una como la otra reclamaron sus derechos sobre el cadáver; al final se impuso la voluntad de la esposa legítima. Semanas antes del asesinato, la prensa internacional había hablado de un gran escándalo público de Somoza D. y su hijo con algunas mujeres vinculadas al mundo oficial del Paraguay.

No pudieron escoger mejor lugar para sepultarlo que la ciudad de Miami ni mejor funeraria que la de un cubano exiliado. Ahí se presentaron vociferantes y amenazadores los exiliados nicaragüenses que han podido permanecer en Miami y los exiliados cubanos. Delante de su féretro desfiló lo mejor del exilio; a ellos se unieron algunos ilustres representantes del congreso norteamericano. Por eso, en ningún otro lugar pueden estar mejor los restos de Somoza que en Miami. Ahí velarán por su paz los fieles colaboradores y primeras víctimas de la herrada política del Departamento de Estado.

Miami es un buen lugar para enterrar un **marine**. Efectivamente, Somoza D. se consideraba y gustaba llamarse "el último **marine**". Lamentablemente, el último **marine** todavía no ha muerto; Somoza D. sólo era un **marine** importante para los intereses norteamericanos en Centro América. En efecto, aún quedan otros **marines** importantes que defienden, incluso derramando la sangre de sus demás hermanos, los intereses del imperialismo norteamericano. En Centro América habrá **marines** mientras existan regímenes como el de Guatemala, el de Costa

Rica y el de El Salvador.

Con el asesinato de Somoza D., la contra-revolución nicaragüense ha perdido a su líder natural y a una de sus fuerzas más visibles. Somoza D. deja un vacío difícil de llenar dentro de las filas contra-revolucionarias. Presumiblemente A. Somoza P., mejor conocido como el "chigüín", estaría dispuesto a continuar la dinastía, pero existen serias dudas sobre su capacidad de convocatoria. En Guatemala, F. Urcuyo M. ridículamente proclama cuantas veces puede la constitucionalidad que supuestamente lleva sobre sus hombros y en su nombre intenta, hasta ahora sin resultados efectivos, reorganizar las fuerzas somocistas en el exilio. Más peligrosas son las bandas de ex-guardias nacionales que vagan por Honduras y Guatemala cometiendo toda clase de atropellos impunemente.

En los últimos meses, la contra-revolución ha estado conspirando activamente para desestabilizar el gobierno sandinista, utilizando para ello tanto las presiones económicas como el hostigamiento de las bandas que pululan en el borde fronterizo de Honduras. Otro recurso hábilmente manipulado, especialmente por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, han sido los intereses maltrechos de la burguesía nicaragüense. Más recientemente trataron de explotar el abandono y la marginación en que esa misma burguesía ha mantenido, por largas décadas, a la costa Atlántica haciendo surgir alevosamente sentimientos separatistas. Para realizar estos planes desestabilizadores no han tenido escrúpulo alguno en admitir a sus filas a cuanto nicaragüense y cubano se ha presentado. De este modo han llegado a reunir un buen grupo de ex-guardias somocistas, políticos corrompidos de toda laya, profesionales resentidos y de dudosa reputación.

Mientras tanto, oficialmente los Estados Unidos ofrecen la sonrisa siempre presta de su

presidente que promete no abandonar a Nicaragua. Por un lado, animan la conspiración y tratan de desestabilizar al gobierno; pero por el otro, dicen hacer esfuerzo para dar la ayuda necesaria para levantar la maltrecha economía. Por eso, a pesar de sus sonrisas y de sus promesas, el himno del Frente Sandinista de Liberación Nacional mantiene intocable en una de sus estrofas: "luchamos contra el yanki, enemigo de la humanidad."

En Nicaragua las reacciones frente al asesinato han sido diversas. La religiosidad popular profunda y aguda en sus intuiciones fundamentales no ha dudado en ver una manifestación clara de la justicia divina, una justicia que a veces tarda, pero que nunca falla. Los que de alguna manera sufrieron directamente el genocidio se alegraron espontáneamente, porque al fin el dedo de Dios se había vuelto contra quien se creía salvado y a salvo. En cambio, la burguesía, quisquillosa y de un futuro incierto, se ha refugiado en la moral católica aprendida en el colegio y por tanto tiempo olvidada. La moral que ahora ostentan con tanto orgullo, les impide alegrarse de esa muerte. Y es que carecen de la capacidad para ver y oír lo nuevo que está surgiendo en Nicaragua. La burguesía siempre está viendo fallas y defectos, y en consecuencia, quejándose. Por eso, cuando el pueblo nicaragüense se alegra ante una acción de la justicia divina, ellos se separan refugiándose en reservas morales que no permiten la alegría ante una muerte. Admirablemente se han olvidado de sus fiestas mientras Somoza D. masacraba al pueblo. Como no tienen ni ojos ni oídos para lo nuevo, tampoco pueden disponer de sus manos para construir un amanecer para todos, que ahora ha quedado un poco más consolidado.

A.A.